

CUBA Y AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Director: RAIMUNDO CABRERA

Volumen VII

MAYO DE 1901 - OCTUBRE DE 1901



Administrador MANUEL ROMAN

GALIANO 79

HABANA

GALTA!

Por el Dr. Luis Montané.

(Del libro inédito «Los Indios de Cuba.»)

“O grande, noble, sublime
“nature, temple de Dieu,
“salutaire refuge de cœurs
“blessés, combien peu d’hom-
“mes sentent le charme su-
“prême de tu beaute.”

DIDEROT.

HENOS, al cabo, fuera del bosque de Ovando, en cuyas entrañas anduvimos errantes por espacio de tres días: y á poco ascendemos á una de las mesetas extremas y más elevadas de la sierra, Monte Christi, desde la cual se dilata la vista en el mar, y se descubre en días serenos,— á lo que se nos dice—en el remoto horizonte, la oscura silueta de los altos relieves montañosos de Santo Domingo.

Después de haber estado, por decirlo así, sepultados en los bosques, qué gozo el ver por encima de nuestra cabeza, el despejado cielo, y respirar á nuestras anchas. El aspecto del bosque había acabado por sernos monótono: estábamos cansados, sin saberlo quizás, de aquellas barreras que parecían eternas. Hemos encontrado, en fin de nuevo, el aire libre y el espacio.

La temperatura de la noche, 16° nos ha sorprendido, haciéndose sentir vivamente; y nos es de todo punto imposible conciliar el sueño, á pesar de la fatiga extrema que sentimos. Partimos, pues, á los primeros claros del día para bajar hacia la “Caleta de Ovando,” en donde debemos explorar algunas cavernas, que según se nos asegura, contienen osamentas humanas;—vana pesquisa, que nos demuestra una vez más, que debemos resignarnos á ser hasta el fin, jugue-

tes de la fantástica imaginación de nuestros guías.

Pero el tiempo apremia, porque debemos ganar la costa Sur, y entramos muy pronto en el lecho del río de “Jauco,” á aquella hora precisamente en que conserva todavía el paisaje su encanto virginal. Es el momento fugaz y delicioso que precede inmediatamente á la salida del sol; y es de día claro ya sin embargo; y nubes ligeras de tenue rosa, flotan en el azul opalino de la mañana.

Los árboles todos están húmedos.— El río, transparente como el aire mismo, deja ver hasta el fondo los objetos más menudos que descansan sobre la arena de su lecho. Ora, surgen de su seno pequeñas islas donde en la arena fértil crecen vicarias blancas y cárdenas, inclinadas sobre sus tallos como si quisieran alcanzar las caricias del agua palpitante á sus piés,—Ora, se interrumpe y quiebra su curso por bloques abruptos desprendidos del farallón, contra los cuales murmura sonora la linfa corriente; y en cuyas grietas brota una planta esbelta, de menudo follaje verde oscuro, de flores en forma de estrella y de subido color violeta.

A uno y otro lado de la ribera escalónanse árboles gigantescos, de musgoso tronco, constelados de órquideas; y por cuyas ramas, cruzando tal vez de un tronco á otro, se estienden ca-

prichosas las lianas—y por debajo y en ambas orillas crecen apiñados los helechos vigorosos, abriendo sus hojas en forma de abanico—en aquel lugar lleno de misterio, y en donde esparcen sombra y paz profunda.

Existe aquí—trasciende de todo es-

cretamente en fijar por siempre allí la vida.

Muy lejos andan ya mis compañeros, mientras yo, que he quedado atrás, solo, continúo todavía viviendo como en éxtasis de la visión aquella—dejándome compenetrar en muda con-



PAISAJE CUBANO.—CUADRO DE AURELIO MELERO.

te cuadro, un sentimiento de armonía que conmueve, que nos envuelve como una pura caricia, y que inunda el alma de inefable dulzura—querría uno permanecer en aquel sitio, obediendo á la atracción de la encontrada orilla—y tal vez se piensa se-

templación del encanto, de la belleza y de la grandeza misma del medio.

Pero ya ilumina el sol las altas cimas; el cielo está azul, todo él azul. Las abejas solícitas, abandonan las colmenas de las grietas del farallón, para recojer la miel en las florecillas

de la ribera; una bandada de cateyes ensordece con sus agudos gritos el aire, por encima de nuestra cabeza—y de todas partes, de en medio de las inextricables malezas de la ribera, se eleva no sé que vago concierto de ruidos, de gritos, de chasquidos como la señal de la lucha que comienza todos los días á esta hora; lucha fatal y eterna en la cual, el árbol gigantesco y la humilde hierba rastrera, el insecto y el bruto, pugnan por abrirse campo y alcanzar su porción de sol, fuente de vida.

Ah! cómo penetré en aquellos instantes el sentido de aquella página de todos conocida, especie de himno inspirado á Colón por la espléndida belleza del suelo cubano.

“La amenidad de este río,—dice el “Gran Almirante,—la claridad del “agua, en la cual se veía hasta la “arena del fondo, y multitud de pal— “mas de varias formas, las más altas “y más hermosas que he hallado, y “otros infinitos árboles grandes y “verdes,—de los pajarillos y verde “de los campos,—es este país, Prín— “cipes Serenísimos en tanta maravi— “lla hermoso, que sobrepuja á los de— “más en amenidad y belleza, como el “día en luz á la noche; por lo cual solía “yo decir á mi gente, muchas veces, “que por mucho que me esforzase en “dar entera relación de él á VV. AA., “no podía mi lengua decir toda la “verdad, ni la pluma escribirla, y “cierto que yo he quedado asombrado “viendo tanta hermosura, que no sé “como contarlo”...

Los ladridos de un perro que se dejaba oír en la orilla derecha, me arrancaron de aquella contemplación retrospectiva.

—;Estamos ya en terrenos de Galta, me dijo Domínguez; y en efecto, á poco andar, llegamos por estrecha y tortuosa senda al sitio, en que se alzaban dos ó tres pequeñas cabañas respaldadas como nidos á las paredes del farallón— supervivencia moderna, que me recuerda los abrigos bajo la roca de las épocas Mousteriense, Solutrense, Magdalenense.

El rey de aquella soledad, ciudada-

no de Florencia, es hombre, á primera vista, robusto apesar de sus 65 años; pero, mirado de cerca, descúbrese en sus facciones, cierto cansancio y no sé que vaga melancolía.

Sin embargo, á las primeras exposiciones de nuestra presentación recíproca, anímase súbitamente su cara, y con mal reprimida emoción, nos expresa los votos que ha hecho siempre por la prosperidad de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba,— porque conoce las ciencias antropológicas, á las cuales se aficiona—y para probárnoslo, comienza ante nosotros con meridional volubilidad una refutación de las teorías de M. de Quatrefages, relativas á la “Unidad de la especie humana;” tema favorito, á lo que parece, de sus meditaciones,— pues se apresura á buscar un paquete de notas escritas á este respecto, las cuales pone generosamente á mi disposición. Aquellas notas, que yo había de leer lentamente, algunos días más tarde, á lo largo del camino que conduce á Guantánamo, contienen á modo de prólogo una declaración que pinta bien al hombre:

“Mi tosca mano de labrador del “campo, el poco uso de explicar en “escrito mi idea, harán agreste y cii— “marrona mi explicación.... téngala “por lo que vale.”

Me recordó luego el presente hecho por él, un año atrás, á C. de Latorre y á Domínguez, de algunos cráneos de gran valor histórico y de diversos objetos de origen indio; invitándome á visitar, muy cerca de allí, lo que llama su último descubrimiento: una faja de terreno recién desmontado y que descende en suave pendiente hacia el río. El suelo está labrado de fresco, y el arado ha sacado á la superficie restos curiosos: en efecto, los surcos están literalmente llenos de fragmentos de ollas de barro cocido y de esas figuras caprichosas que constituyen la ornamentación de aquellas.

Allí existió, no hay que dudarlo, una antigua alfarería india, y es digno el sitio de atraer á los primeros futuros exploradores científicos de la extremidad oriental de la Isla.

¡Dichosos ellos si pueden encontrar también en aquel lugar un hombre del valor de Galta!

Renovóse entonces también, para nosotros, durante tres horas, la peligrosa ascensión al farallón vecino, la progresión difícil á través de las raíces que cubren el suelo, y la visita minuciosa—y á veces poco agradable—de las grutas sepulcrales, en donde tenemos la suerte de hallar algunas piezas importantes para la historia antropológica de este país.

De vuelta de nuestra excursión, y mientras caminábamos, oí de boca de

toda traba y, lo que vale más, el olvido, el olvido de todo.

Más tarde, y medio embotadas, ya consciente ó inconscientemente por él, por la acción del tiempo—estas sensaciones y el goce mismo de los primeros momentos—habían cedido su lugar á esa filosofía un si es no es amarga, que aparece en el alma al mismo tiempo que blanquean los cabellos. Había acabado por echar de ver que estaba *solo*, y la idea de que podía de un momento á otro desaparecer, morir, sin dejar sucesión, lo aterraba.

He aquí por que tenía una idea fija,



PAISAJE CUBANO.—CUADRO DE AURELIO MELERO.

Galta, que había venido á ser en aquellos momentos nuestro guía, la historia de su propia vida: así supimos como, salido de las costas de Italia—hace muchos años—había venido á dar en aquellas soledades. ¡Con qué gozo había, en los comienzos, abrazado aquella vida salvaje! Allá, en la patria distante, en medio de las exigencias ficticias de la civilización, transcurrían para él los días entre inquietudes de toda suerte y luchas siempre estériles; aquí, en cambio, lejos del tumulto de las ciudades, en plena naturaleza, la vida libre de

—sí, una idea que le perseguía sin tregua, como una obsesión—idea que no quería, que no se atrevía á declarar paladinamente, y que había de comunicarme aquella misma noche por escrito, como para ayudar de esta manera á mi memoria.

Recibí, en efecto, aquel pedazo de papel en los momentos en que iba á meterme en mi hamaca, y lo leí al resplandor escaso de una bujía resinosa pegada á uno de los horcones del colgadizo. Decía aquel curioso documento, que conservo, lo que textualmente cito:

“Perdóneme si hago á Vd. memoria
 “y encarecidamente le suplico me ob-
 “tenga un niño de la Beneficencia, con
 “el objeto de educarlo y enseñarlo en
 “la vía agrícola, guiándolo al mis-
 “mo tiempo con cariño fraternal y
 “dulzura en la vía de la moralidad y
 “del trabajo honesto, dejándolo con
 “el tiempo dueño de alguna propiedad
 “rural. Si seré dichoso de poderlo
 “conseguir, estúdieme en el escogido
 “un físico fuerte, carácter y vista ama-
 “ble y ordén en sus ideas;—acordán-
 “dome eternamente con placer del
 “minuto de su entrevista.”

¡Esa era la idea fija, el secreto de
 aquella alma!

Desde el lugar en que me encontra-
 ba podía distinguir al buen italiano

sentado melancólicamente en el dintel
 de la puerta.

Era ya muy entrada la noche, estre-
 llada, misteriosa, de augusta serenidad
 —y á influjo, sin duda, de las ideas
 que contenía el fragmento de papel
 que acababa de leer, surgió en mi me-
 moria el recuerdo de esta dolorosa y
 punzante plegaria, leída no sé don-
 de, de un viejo que tampoco tenía
 hijos:

“Estrellas que habéis brillado sobre
 las cabezas alegres ó pesarosas de todos
 mis antecesores olvidados,—á la luz
 de vuestro seno siento despertarse en
 mí un deseo siempre frustrado y dolo-
 roso! quisiera un hijo,—un hijo *que*
pueda contemplaros todavía cuando yo
 no exista.....”